

Buenos Aires y las provincias. Relatos para desarmar

Laura Demaría

Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2014

544 páginas

Buenos Aires y las provincias. Relatos para desarmar es un sugerente e innovador ejercicio teórico en el que Laura Demaría retoma un debate de larga data en las letras argentinas: el paradigma según el cual la relación política, histórica, económica y cultural entre la capital argentina, Buenos Aires, y las provincias suele pensarse en términos binarios, como una relación entre centro y periferia. Durante más de dos siglos, esta relación se ha venido contando en todo tipo de textos —históricos, ensayísticos, críticos y literarios— y el objeto de este volumen es rastrear en ellos —a la vez que cuestionar— el origen y evolución de un aparato discursivo que lleva a modos de pensar y leer convencionales, con el fin último de ofrecer una nueva posición teórica desde la cual aproximarse a la producción literaria proveniente de las provincias y de la capital. Pues entender la relación entre la provincia y la capital como una relación entre modernidad y atraso, o incluso entre comercio y producción, implica también, en términos culturales, entender que aquello designado como «literatura provincial» —la que no procede de la metrópoli— tradicionalmente evoca o expresa una ontología que le es propia y unos caracteres que le son característicos (419), y que siempre se articula en oposición a otra literatura (la de Buenos Aires, en este caso) que se entiende como centro y metonimia de la cultura nacional. Por el contrario, la propuesta de Demaría es un intento de «pensar nuevas formas ordenadoras de la realidad para salir de prácticas estancas de mirar y leer» (37), que tradicionalmente entienden la capital «como el mejor punto de observación para entender una cultura» (37); se trata, pues, de desmontar la costumbre de mirar la cultura desde un eje inmóvil, «que le otorga a la ciudad la fijeza del centro» (37).

Tal y como explica Demaría en la introducción, la revisión crítica de esta dialéctica centro-periferia en torno a la relación entre la capital argentina y las provincias ha ocupado gran parte del quehacer crítico-literario argentino, sobre todo a partir de los años 60, y la existencia en la actualidad de una consolidada literatura «del Interior» que ya no necesita de Buenos Aires para tener lectores, editores o incluso editoriales podría hacer pensar que la dialéctica de la oposición está superada. Sin embargo, Demaría sostiene acertadamente que la historia de esa relación dicotómica se sigue escribiendo en la actualidad y que aún es necesaria una reevaluación que permita nuevos posicionamientos. A través de un análisis teórico que se apoya en una rigurosa exploración historiográfica y literaria, Buenos Aires y las provincias revisita y «dasarma» —tal como sugiere el subtítulo— un extenso corpus de textos críticos, ensayísticos y narrativos que se han ocupado de reflexionar sobre esta relación centro-periferia —desde los escritos de figuras fundacionales como Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y José Pedro Ferré, pasando por los informes oficiales de Juan Biale Massé, los ensayos de Enrique Martínez Estrada, las crónicas de viaje de Enrique Banchs o Joaquín V. González, hasta el trabajo más reciente de Martín Caparrós, *El Interior* (2006)—

con el fin de trazar las cambiantes articulaciones del paradigma que, sin embargo, parecen seguir basadas en la «dialéctica binaria de los opuestos» (15). En otras palabras, Demaríá propone un recorrido fascinante a través de la producción crítica y literaria argentina desde la perspectiva de cómo fue figurada la relación entre Buenos Aires y las provincias y, frente al discurso del antagonismo, la oposición, o incluso la intersección, elabora una propuesta teórica que consiste en la articulación de un «tercer espacio» de enunciación—que Demaríá designa como «en provincia»—, un espacio fluido y cambiante que no esté anclado en fijeza espaciales o culturales. Ese lugar de enunciación es lo que Demaríá denominará «provincias» (en plural), un lugar que se propone como alternativa no sólo al binarismo sino también a «los defensores a ultranza de un regionalismo localista, que despotrican contra el poder avasallador de una Buenos Aires autolegitimada como el lugar por antonomasia de la cultura nacional argentina» (16).

A partir de la idea del «tercer espacio» de Homi Bhabha y Alberto Moreiras como «condición discursiva de la instancia enunciativa» (22), como posicionamiento crítico fronterizo que rompe fijeza identitarias y esencialismos culturales, y de los trabajos de Michel De Certeau sobre el archivo como lugar narrativo y Paul Ricœur sobre discurso, Demaríá elabora las nociones del «entre-lugar» (22) y el «relato espacial» (56), que le permitirán «una nueva aproximación a la provincia como categoría crítica, ya no entendida como un territorio geográfico, económico, cultural y político, sino como un modo de leer, como una máquina de articular, y, por ende, como un archivo que se desliza y desvía las grandes narrativas» (36).

Es de marcada relevancia la reevaluación teórica que se realiza en la introducción («Miradas cartográficas: relatos del espacio, cartografías de un lugar»), en donde Demaríá reconsidera aquellos estudios recientes que también han buscado ofrecer alternativas al binarismo Buenos Aires-país pero que a veces, en su intento de exponer la tradición culturalista —aquella que entiende la ciudad como negación o prolongación de la pampa y que fuera canonizada por Sarmiento—, o las aproximaciones que ven el límite entre la capital y la provincia como una «línea divisoria de dos países opuestos, irreconciliables» (21), marcados por la unicidad y la diferencia, o aquellas que inscriben la fractura como «la condición *sine qua non* de la relación» (24), acaban articulándose muchas veces desde un eje inmóvil que acaba otorgándole a Buenos Aires la condición de centro incluso en su contestación. Resulta especialmente interesante la relectura de Demaríá del trabajo de Adrián Gorelik, *La grilla y el parque* (1998), en el cual Gorelik se aparta de la visión fuera/dentro para analizar Buenos Aires como una ciudad focalizada en sí misma (18), que se narra a sí misma, pero en la que Gorelik, sostiene Demaríá, en el fondo continúa haciendo uso de la noción de país «como un modo de seguir pensando en Buenos Aires» (20), algo que resulta evidente también en diversos estudios que articulan una versión de «Buenos Aires como metonimia de la nación» (30), tales como *Mundo urbano y cultura popular* (1990) de Diego Armus, y *Buenos Aires. Una antología de nueva ficción argentina* (1992) de Juan Forn. En su lectura crítica de todos ellos, Demaríá construye sus propias formulaciones, y bebe especialmente de los trabajos de Ricardo Kalimán sobre el concepto de «región» como «circunscripción espacio-temporal» (25), que le sirve para seguir

pensando el concepto de «espacio entre» en diálogo con «lugar» (25), o transformando la noción de «país» de Gorelik en «provincias», y rescatando la noción de «isla urbana» de Josefina Ludmer como un territorio que «se coloca en la división misma» (Ludmer en Demaría 37), entre el dentro y el afuera. El análisis crítico de cada uno de los conceptos es riguroso y detallado, desenmascarando los sentidos —restrictivos o arbitrarios— que a veces se esconden en términos tan aparentemente inocentes como «provincia» o «Interior».

El volumen está organizado en tres partes; la primera («Buenos Aires y las provincias: relatos espaciales de un antagonismo») se centra en «deconstruir el binarismo hegemónico y fundante de lo que llamamos Argentina» (44); la segunda («Buenos Aires y las provincias: relatos espaciales de una interrelación») entiende la provincia «como una fuerza que descompone y desestructura las grandes narrativas nacionales y regionales y se abre a la diferencia» (44), y en la tercera, titulada «Escribir en provincia: relatos espaciales de una zona», es donde Demaría ofrece su innovadora propuesta teórica.

Resulta de especial interés el primer capítulo de la primera parte, titulado «El mapa de la fractura: los dos países, las dos Argentinas», pues allí se rastrea el origen del mito de «las dos Argentinas» y el relato de la fractura que, por su carácter fundacional y su permanencia como «resto dentro del archivo discursivo argentino» (132), terminará convirtiendo la visión dicotómica en el «espectro» que condiciona todos los intentos posteriores de explicar y articular la nacionalidad, llegando a reproducirse incluso en la obra de aquellos que lo cuestionan. Su expresión más poderosa y temprana se encuentra en la obra de Sarmiento —notablemente, en *Facundo o Civilización y barbarie* (1845), en «Derecho de ciudadanía en el Estado de Buenos Aires» (1854), y en el proyecto de traslado de la capital en *Argiro polis* (1850)— y se reproduce y articula en trabajos como *Radiografía de la pampa* (1933) y *La cabeza de Goliath* (1940) de Martínez Estrada, o el *Diario de Gabriel Quiroga* (1910) de Manuel Gálvez. Dichos trabajos rastrean la fractura, alternativamente, en la representación de la provincia como «archivo de lo nacional auténtico» (84) o de Buenos Aires como «símbolo exclusivo de lo nacional» (84), y ésta puede rastrearse también en ensayos de Eduardo Mallea, Raúl Scalabrini Ortiz y Ricardo Rojas, o en los trabajos que articulan la «arqueología de la pobreza» (87) en su figuración de la fractura como carencia, por ejemplo en los informes de Bialet Massé (*Informe sobre el estado de las clases obreras en el Interior de la República*, 1904) y de Alfredo Palacios (*Pueblos desamparados. Solución de los problemas del Noroeste argentino*, 1942), e incluso en las lecturas canónicas de Sarmiento a cargo de Ana María Barrenechea, Noël Salomon y Noé Jitrik, y en la evocación de los «pueblos desamparados» por el mismo Perón.

El segundo capítulo («El mapa de la desproporción: modos de leer y de explicar la fractura») incluye los ensayos de Juan Álvarez *Las guerras civiles argentinas* (1914) y *El problema de Buenos Aires en la República* (1918) para analizar ya no el relato que puede derivarse de la obra de Álvarez sino el modo en que ésta se ha leído en sus diversas reediciones y cómo, a partir de estas lecturas, se configura la narrativa de la desproporción, caracterizada por la asimetría, que se articula más tarde en las nociones del «colonijaje porteño», el «nuevo colonijaje» y

el «colonialismo interno», que será reactivado por la izquierda en la segunda mitad del siglo veinte y cuya expresión más evidente es el «Cordobazo» de 1969, entendiendo la provincia como el espacio de resistencia al poder centralizador de la capital. Demaríá analiza meticulosamente el origen y desarrollo de estas nociones en los siguientes capítulos a través de la obra de Alberdi (*La Revolución de Mayo: crónica dramática en cuatro partes*, 1839) y de Echeverría («Primera lectura», 1937) y de sus múltiples lecturas críticas a cargo de Bernardo Canal Feijóo, Natalio Botana, y las lecturas revisionistas que propugnan la existencia de «otro Alberdi» (173) —que Demaríá rechaza—; así como en *Las dos políticas* (1866) de Olegario Andrade y *Memorias* (1845) de Pedro Ferré, y las articulaciones del «Cordobazo» en la revista *Jerónimo* y en los ensayos de Delich y Aricó, entre muchos otros.

La segunda parte se desplaza desde la narrativa de la fractura y la oposición hacia la intersección, y trata del viaje como «zona de contacto» y «máquina de leer» la nación, para la que Demaríá se basa en la noción de viaje como práctica cultural propuesta por James Clifford. Este viaje tiene dos variantes; por un lado el «viaje intelectual» o etnográfico hacia las provincias en busca de algún remanente de «lo argentino», el viaje como «una expedición recolectora de restos y residuos de una cultura primitiva pero que debe ser guardada como signo de un pasado en desaparición» (260); por otro, la migración desde las provincias hacia la capital por motivos económicos. Demaríá analiza la primera a través de los relatos de viajes a las provincias de autores como Joaquín V. González, Enrique Banchs, Juan Bautista Ambrosetti, y Ricardo Rojas, y concluye la sección con la mirada «discontinua» hacia el Interior que propone Martín Caparrós en *El Interior. La primera Argentina* (2006). A través del texto de Caparrós, Demaríá se pregunta si es posible seguir leyendo la Argentina del siglo veintiuno —«posmoderna, posglobal, poscaída, posquiebre económico, posneoliberalismo» (313)— a través del archivo y la mirada relativamente homogénea del relato etnográfico, y remarca cómo la mirada contemporánea de Caparrós se revela incapaz de asir esa «entelequia que llamamos Argentina» (Caparrós en Demaríá 320), dando lugar a una visión de las provincias mucho más compleja y heterogénea. Para la segunda variante, la del viaje hacia la capital, Demaríá se apoya en la noción de migrante de Mezzadra, en las nociones de nomadismo y desterritorialización, así como los escritos sobre heterogeneidad de Cornejo Polar, y se detiene en el análisis de textos como *Migración y marginalidad en la sociedad argentina* (1968) de Mario Margulis, la novela de Bernardo Verbitsky *Villa miseria también es América* (1957), *Tierra mía* (1933) de Arturo Capdevila y *Memorias de un provinciano* (1967) de Carlos Mastronardi.

En la tercera parte, titulada «Escribir en provincia: relatos espaciales de una zona», Demaríá desarrolla en profundidad su propuesta teórica que consiste en «desarmar» los relatos analizados hasta aquí y proponer en su lugar conceptos que permitan rediseñar los «mapas» de la fractura, del antagonismo y la desproporción de la primera parte, y de la intersección de la segunda, ambos condicionados por un «binarismo hegemónico y fundante» (44). A partir de la reelaboración de cinco conceptos clave derivados de la obra de Hector Tizón, Juan José Saer, Elvio Gandolfo, César Aria y Juan L. Ortiz, Demaríá propone una lectura aporética «que implica una reconciliación entre el espacio producido y el lugar productor» (21).

En primer lugar, «retoma la narrativa de la derrota de las provincias frente al centralismo porteño» (415) y la noción de colonialismo interno exploradas por Hector Tizón en *Tierras de frontera* (1998), a partir de las cuales la provincia se entiende como condición ontológica o esencialista que predetermina el rol de esta escritura como «provincial», y se propone en cambio —siguiendo también las propuestas de Derrida— la «escritura en provincia» como una condición que presupone un modo de narrar que se articula como desplazamiento y diálogo. Demarías desplaza el foco de atención de la noción de pertenencia o propiedad, o incluso de identidad, y lo pone en cambio en el lugar de enunciación (420), entendiendo la «escritura en provincia» no como «expresión de las raíces nativistas o autóctonas» (420) sino como «un archivo de historias en constante movimiento» (421) desde el cual se pueden abordar cuestiones genéricas y universales. También reelabora la noción saeriana de «zona» en términos de lugar de enunciación, como «un más allá de la fractura y la derrota» (415), en cuanto la provincia como zona ya no necesita definirse en oposición a un centro, sino que se articula en plenitud de la propia existencia. Este tipo de perspectiva es característica de la obra de Saer, cuya mirada descentrada deconstruye el arquetipo identitario regionalista. Así mismo, Demarías retoma también la noción de escritura en movimiento postulada por Elvio Gandolfo, a partir de la cual es posible articular un espacio «entre» Buenos Aires y las provincias que se define no en términos esencialistas o espaciales, sino simplemente posicionales. Finalmente, la tercera parte concluye con la exploración teórica de lo que Demarías denomina el «*aacento*» (el acento entendido como «tonada» regional) a partir de la representación literaria que se lleva a cabo en la narrativa de César Aria, representación que, para Demarías, implica siempre una «mirada forastera», incluso de uno mismo, tal como se aprecia en la poesía que Juan L. Ortiz escribe desde la provincia (493). Es desde esta condición de «forastería» que la provincia se construye como un lugar «que se pierde en un más allá» y que no se termina «nunca/jamás de narrar» (500).

En conclusión, *Buenos Aires y las provincias. Relatos para desarmar* es fiel a las intenciones expresadas en el mismo título, en cuanto explora y cuestiona un extenso corpus de relatos y textos que no sólo pueden desarmarse sino que, a su vez, sirven para desarmar un aparato discursivo que, aún hoy, condiciona el eje desde el que se lee y se escribe. Propone, como alternativa, un posicionamiento metafórico de “en provincia” que permita expresar y entender la rica y texturizada complejidad de la producción cultural argentina.